

## El café nocturno

—¡Ay, pero si lo estaba diciendo! Usted que es un hombre pacífico... ¿ha perdido el tren?

—Por un minuto ¿sabe? Llego al andén y lo veo que se marcha.

—Claro. Es como para reirse, lo sé. Sólo me hubiese bastado no tener el estorbo de tantos paquetes y paquetitos... ¡Más cargado que un asno! Pero las señoras—encargos... encargos...—¡y no acaban nunca! Al bajar del coche necesité tres minutos, créame usted, para ir colocándome los bramantes de todos los paquetes entre los dedos: a dos paquetes por dedo.

—Debía ser gracioso... ¿Sabe usted lo que yo hubiese hecho? Los hubiera dejado en el coche.

—¿Y mi mujer? ¡Ah, sí, sí! ¿Y mis hijas? ¿Y todas sus amigas?

—¡Ah! ¿Por qué gritan? Pues me hubiese divertido de lo lindo.

—Tal vez porque usted ignore cómo se vuelven las mujeres cuando veranean.

—Pero, si lo sé... Precisamente porque lo sé. Dicen todas que no necesitarán nada.

—¿Eso sólo? ¡Son capaces de sostener que veranean por ahorrar! Luego, en cuanto llegan a uno de estos pueblecillos de los alrededores, cuanto más feo, más miserable y más sucio, más se empeñan en asombrarlo con sus galas más llamativas. ¡Ay, las mujeres, querido amigo! Por lo demás ¡si es esa su profesión!...—«¡Si te dieses una vueltecita por la ciudad, querido! Tendría verdadera necesidad de ésto... de aquéllo... Y podrías, también, si no te molesta... (—qué simpático es ese, si no te molesta—)... Y después, ya que estás allí, podrías pasarte por...» «—¿Pero cómo quieres, querida, que en tres horas haga todos esos encargos?». «¿Pero, qué dices? Toma un coche...». —Lo malo es, ¿sabe usted? que, como no pensaba estar más que tres horas, no me he traído las llaves de casa.

—¡Tiene gracia! ¿Y qué ha hecho usted?...

—He dejado toda aquella montaña de paquetes y paquetitos depositados en la estación; me marché a cenar a un restorán; luego, para desquitarme, me fuí al teatro. ¡Se ahogaba uno de calor! A la salida, digo: ¿y qué hago? ¿Irme a dormir a un Hotel? Son ya las doce; a las cuatro tomo el primer tren; tres horitas de sueño no valen el gasto. Y me vine aquí. Este café no se cierra ¿verdad?

—No, señor, no se cierra. Entonces, ¿ha dejado

usted todos los paquetes depositados en la estación?

—¿No están seguros? Estaban bien atados...

—No, no digo eso. Bien atados sí lo estarán, con ese arte especial que tienen los dependientes de comercio para envolver lo que han vendido... ¡Qué manos! Una linda hoja de papel, grande, lustrosa... que da gusto sólo el mirarla... Tan suave, que sería cosa de posar sobre ella la cara para sentir la fresca caricia... La extienden sobre el mostrador y, luego, con desenvuelta habilidad, van colocando sobre ellas la tela leve. Con el dorso de la mano levantan primero uno de los extremos; bajan después el otro y le hacen, con graciosa ligereza, un plieguecito más, como un extra, por amor al arte; después doblan a uno y otro lado los triángulos y ocultan en la parte de abajo las puntas; alargan una mano a la caja del bramante; tiran de él desenrollando lo necesario para el paquete, y lo atan con tal rapidez, que no le dan a usted tiempo siquiera de admirar su habilidad cuando ya se lo presentan con la lazada dispuesta, sin tener usted más que introducir el dedo.

—Ya, ya; se ve que usted ha prestado mucha atención a los dependientes de comercio...

—¿Yo? Querido amigo, si me paso los días enteros, ¿lo cree? delante de los escaparates: de uno a otro... Soy capaz de estar en pie una hora, mirando hacia dentro, a través de un escaparate. Me olvido de todo. Me parece que soy—quisiera ser real-

mente—aquella tela de seda... aquél bordadito... aquella cinta, roja o celeste, que los dependientes, tras haberla medido con el metro, ¿ha visto usted lo que hacen? se la van envolviendo, como un ocho, entre el pulgar y el meñique de la mano izquierda, antes de empaquetarla... Me quedo mirando al cliente, o a la clienta, que salen de la tienda con el paquete suspendido de un dedo, en la mano, o bajo el brazo... Los voy siguiendo con los ojos, hasta perderlos de vista... imaginando— ¡ay, cuántas cosas imagino!—no puede formarse usted idea. Pero me sirve; me sirve eso...

—¿Le sirve? Perdone... ¿el qué?

—Agarrarme así, con la imaginación, digo... agarrarme a la vida, como una enredadera a una tapia, o a los barrotes de una verja. ¡Ah, no dejar jamás en reposo la imaginación... adherirme, adherirme con ella, continuamente, a la vida de los demás... Pero no a la de la gente que conozco. ¡No, no! ¡A esa no podría! Me produce un fastidio... Si usted supiera... ¡un asco...! Prefiero la vida de los extraños, junto a los cuales mi imaginación puede trabajar libremente, mas no a su capricho, sino teniendo en cuenta las más mínimas apariencias acechadas en cualquiera. Y, ¡si supiera usted cómo trabajo hasta que logro introducirme! Veo la casa de éste o aquél, vivo en ella, me siento en ella, hasta advertir... ¿Recuerda usted ese particular aroma que hay en cada casa, en la de usted, en la mía...? Pero en la nuestra no la

advertimos ya, porque es el ambiente propio de nuestra vida, ¿me comprende? Veo que dice usted que sí...

—Sí, porque... digo, debe ser un bonito placer, ese que usted siente, imaginando tantas cosas...

—¿Placer? ¿Yo?

—Eso es... me lo figuro...

—¡Nada de placer! Vamos, dígame usted. ¿Ha estado alguna vez en la consulta de un médico célebre?

—Yo, no. ¿Para qué? ¡No estoy enfermo!

—No, no; se lo pregunto, para saber si ha visto, en casa de estos médicos notables, la sala en donde los clientes aguardan turno, antes de entrar en la consulta.

—¡Ah, sí!... Tuve que acompañar una vez a una hija mía que padecía de los nervios.

—Bueno. No necesito saberlo. Digo, esas salas... ¿Se ha fijado usted bien, bien? Aquellos sofás, de tapicería obscura... anticuados...; aquellas sillas acolchadas, por lo general desiguales...; aquellas butaquitas... Son muebles comprados de ocasión, de saldo, que están allí para los clientes: no pertenecen a la casa. El doctor tiene para él, para las amigas de su señora, un salón muy distinto, rico, espléndido. ¡Quién sabe cómo desentonarían alguna de las sillas, de las butacas de ese salón, si la llevaran a la sala de los clientes, en donde basta este ajuar sencillo, decente... sobrio... este sofá, estas butaquitas de tela obscura

que, aunque resistente, se desgasta bien pronto por el uso excesivo y por la gente que acude a la consulta, ya se sabe, de toda especie!... Quisiera saber si usted, cuando fué con su hija, se fijó bien en la butaca, o en la silla, en que estuvo sentado, aguardando.

—Yo, no, verdaderamente...

—¡Ah, ya!... Porque usted no estaba enfermo... Pero es que hasta los mismos enfermos no se fijan, a veces abstraídos en su enfermedad. No obstante, cuántas veces, algunos, se quedan fijos, mirándose un dedo que va trazando signos vagos sobre el lustroso brazuelo de la butaca en que se hallan sentados! Piensan y no ven. Pero ¡qué extraño efecto produce cuando, al salir del consultorio y tener que atravesar la sala, nos volvemos a observar la silla en que, poco antes estuvimos sentados, en espera de la sentencia sobre nuestro mal oculto! Volver a verla, ocupada por otro cliente, también él con su oculta dolencia; o verla vacía, impasible, en espera de que otro vaya a ocuparla.

Pero ¿qué es lo que estábamos diciendo? ¡Ah, ya!... El placer de la imaginación... Quién sabe por qué he pensado de pronto en una de esas sillas de las salas de los médicos, donde los clientes aguardan el instante de la consulta.

—Sí... verdaderamente...

—¿No lo comprende? Yo tampoco. Es que ciertos recuerdos, tan lejanos entre sí, son tan

peculiares en cada uno de nosotros, y se determinan por razones y experiencias tan singulares, que no llegaríamos a entendernos si, al hablar, no nos prohibiéramos exponerlos. Nada más ilógico, generalmente, que estas analogías. Pero la relación tal vez, pueda ser esta; vea usted:—¿Tendrían gusto esas sillas en imaginar quién es el cliente que va a sentarse en ellas en espera de la consulta?—No lo tendrían. Pues yo, tampoco: ¡ninguno! ¡Llegan tantos clientes! Y ellas, las pobres sillas, se están allí, para que las ocupen. Pues bien, es una ocupación semejante a la mía. Ahora me ocupa ésto, ahora aquéllo. En este momento me está ocupando usted y crea que no siento el menor gusto porque haya perdido el tren, porque su familia le esté aguardando en el pueblecillo donde veranea, por todas las molestias que puedo imaginar en usted...

—¡Oh, muchas!

—Pues dé gracias a Dios si no son más que molestias. Hay quien tiene algo peor, querido amigo. Ya le he dicho a usted que yo necesito agarrarme con la imaginación a la vida de los demás; pero así, sin gusto, sin verdadero interés. Por el contrario... para notar mejor el fastidio, para poder juzgar la vida, necia y vana, tanto, que no debe importar a nadie gran cosa el perderla. Y esto debemos demostrárnoslo a nosotros mismos ¿sabe? con pruebas y ejemplos, implacablemente.

Porque, amigo mío, no sabemos lo que es, pero lo tenemos, lo tenemos, lo sentimos todos aquí, como una ansia en la garganta; y es el gusto de la vida, que no se satisface nunca, que no puede satisfacerse jamás. Porque la vida, en el acto mismo en que la vivimos, es tan voraz de sí misma, que no se deja saborear. El sabor que conservamos vivo dentro, está en el pasado. El gusto de la vida nos viene de allá, de los recuerdos que nos sujetan. Pero ¿sujetos a qué? A esta tontería... a estas molestias... a tantas ilusiones estúpidas... a tantas insulsas ocupaciones.

Sí, sí. Esto, que es ahora una tontería...; esto, que es ahora un contratiempo...; diré más: esto, que es para nosotros ahora, una desgracia, una verdadera desgracia... sí señor, en el transcurso de tres, de cinco, de diez años, quién sabe el sabor que podrá adquirir... el gusto que tendrán estas lágrimas... Y la vida, ¡caramba! solo a la idea de perderla... especialmente cuando se sabe que es cuestión de días... ¡Mire, mire usted! ¿No ve?... ¡Allí, en aquella esquina!... ¿No vé usted una triste sombra de mujer?

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Quién es?

—¿No la ha visto? Ya se ha ocultado...

—¿Una mujer?

—Mi mujer, sí...

—¡Ah! ¿Su señora?

—Me vigila desde lejos. Y me dan deseos, créame, de ir a darle de puntapiés. Es como una

de esas perras vagabundas, obstinadas, que cuantas más patadas le da usted, más se le pegan a los talones. No puede usted imaginar lo que esa mujer está sufriendo por mí. Ya ni come, ni duerme... Va detrás de mí, día y noche, así... a distancia... ¡Y si se cuidase siquiera de cepillarse esa chancleta que lleva en la cabeza por sombrero! No parece ya una mujer, sino un pingajo. Se le han empolvado para siempre los cabellos, aquí en las sienas, y no tiene más que treinta y cuatro años... Me encoleriza de una manera, como puede usted imaginarlo. Salto hacia ella algunas veces y le grito en la cara: «¡Estúpida!», zarrandéandola. Se lo aguanta todo. Se queda mirándome con unos ojos... con unos ojos que, se lo juro, me hacen sentir aquí, en los dedos, un deseo salvaje de ahogarla. Nada, aguarda a que me aleje para comenzar de nuevo a seguirme desde lejos... Ya está allí, mire... asoma otra vez la cabeza desde la esquina...

—Pobre señora...

—Pero ¡qué pobre señora! Quisiera, ¿entiende usted? que yo me estuviese en casa, quieto, tranquilo, acurrucado entre sus más tiernos y apasionados cuidados... a gozar con el orden perfecto de todas las habitaciones... de la limpieza de los muebles... de aquel silencio de espejo que había antes en mi casa; midiéndome por el tic-tac del péndulo del reloj del comedor... ¡Quisiera eso! Y ahora le pregunto a usted, para que comprenda el

absurdo... ¡qué digo el absurdo! la macabra ferocidad de esta pretensión: ¿usted cree posible que las casas de Avezzano, las casas de Messina, de tener noticia del terremoto, que poco después había de derrumbarlas, hubieran podido estarse allí tranquilas, a la luz de la luna, ordenadas en fila, a lo largo de las calles y las plazas, obedeciendo al plano regulador de la comisión municipal? Casas, ¡caramba! de piedras y vigas y ¡hubieran huído! Imagínese usted los habitantes de Avezzano, los habitantes de Messina; desnudarse tranquilos para acostarse, doblar muy bien la ropa, poner los zapatos fuera en el pasillo, y, deslizándose bajo las mantas, gozar del candor fresco de las sábanas limpiísimas, con la conciencia de que, a las pocas horas, tenían que morir... ¿Le parece posible?

—Pero es que tal vez la señora...

—Déjeme usted acabar... ¡Si la muerte, señor mío, fuese como uno de esos insectos extraños, repugnantes, que cualquiera inopinadamente, descubre en nosotros...! Usted va por la calle; otro transeunte, de improviso, le detiene y, cauto, con dos dedos extendidos, le dice: —«¿Me permite usted? Caballero, usted lleva la muerte encima». Y, con aquellos dos dedos extendidos, le coge la muerte y la tira lejos de usted... ¡Sería magnífico! Pero la muerte no es como uno de esos insectos repugnantes. Muchos de los que pasean por ahí, ajenos y desenvueltos, la llevan tal vez encima;

nadie la ve; y ellos piensan, serenos y tranquilos, en lo que harán mañana o pasado. Pues bien, querido amigo; venga usted aquí... aquí, bajo este farol... Quiero enseñarle una cosa... Mire usted aquí, bajo el bigote... aquí; ¿ve usted qué linda mancha violácea? ¿Sabe qué nombre tiene esto? ¡Ah! Un nombre dulcísimo... más dulce que un caramelo: se llama «Epitelioma». Pronuncie, pronuncie... notará qué dulzura: «e-pi-te-li-o-ma»... Pasó la muerte, me dejó esta flor en la boca y me dijo: —«Consérvala, querido: ¡volveré dentro de ocho o diez meses!» Ahora dígame usted, si con esta flor en la boca, puedo estar tranquilo y quieto en casa, como aquella desgraciada quisiera. Le grito: —«¿Aún quieres que te bese?»—«¡Sí, bésame!»— ¿No sabe usted lo que ha hecho? La semana pasada, con un alfiler, se hizo un rasguño aquí, junto al labio, y luego me cogió la cabeza y quería besarme... besarme en la boca... Porque dice que quiere morir conmigo. Está loca. No, no me quedo en casa. Necesito estar tras los escaparates de las tiendas, admirando la habilidad de los dependientes. Porque si se me hace un instante el vacío dentro... podría hasta matar la vida en uno a quien no conozco... sacar el revólver y matar a uno que, como usted, por desgracia, hubiese perdido el trén... ¡No, no tema; amigo mío, hablo en broma! —Me marcho. Me mataría yo en un caso... Pero hay en estos días unos albaricoques tan ricos... ¿Cómo los come usted?

Con la cáscara, ¿verdad? Se abren por la mitad, se oprimen entre los dos dedos, largamente, como dos labios entreabiertos... ¡Ah, qué delicia!...— Salude usted a su distinguida señora y a sus hijas... Me las imagino, vestidas de blanco y celeste, en un lindo prado verde lleno de sombra... Y hágame usted un favor. Mañana, cuando llegue usted... Me figuro que el pueblecillo distará un poco de la estación... Al amanecer puede usted hacer el camino a pie. Coja la primer matita de yerba que halle en la cuneta... Cuento usted las hojas por mí. Tantas hojas como tenga, tantos días me quedarán de vida. Pero escoja usted una mata muy grande, se lo ruego. Buenas noches, amigo mío...